

## El color de los pájaros



### **Autora: Cristina Rodríguez Lomba**

Hace cientos y cientos de años, todos los pájaros del mundo eran de color marrón. Los bosques estaban poblados de aves grandes, medianas y pequeñas, pero todas con el mismo plumaje serio y aburrido.

Esta condición no les gustaba nada. Sentían mucha envidia del color carmesí de las rosas en primavera, del naranja intenso de los peces payaso, del sofisticado pelaje blanco y negro de las cebras... Estaba claro que a la hora del reparto de colores, a ellas les había tocado la peor parte.

Un día se pusieron de acuerdo para acabar con esta situación. Hartas de considerarse los seres más feos del planeta, decidieron pedir ayuda a la Madre Naturaleza.

El águila, valiente y decidida como ninguna, fue la que se encargó de solicitar una audiencia. Dos semanas más tarde, miles de pájaros descontentos con su aspecto fueron convocados a la mayor reunión de animales alados jamás vista

hasta entonces. Los nervios flotaban en el ambiente porque todos tenían un ferviente deseo y esperaban que les fuera concedido.

La Madre Naturaleza acudió al bosque y les recibió a la hora convenida. Al principio fue complicado que reinara el silencio porque había un tremendo alboroto, pero cuando por fin dejaron de piar, graznar, gorjear y silbar, la Madre Naturaleza habló.

– ¡Por favor, silencio! Me habéis llamado porque estáis disgustados con vuestro color. A mí me parece que el tono madera que lucís es precioso, pero si no vosotros no estáis conformes, vamos a intentar solucionarlo. Os llamaré uno por uno y os ruego que respetéis el turno ¿De acuerdo?... ¡A ver, urraca, acércate a mí! Tú serás la primera en hacer tu petición.

La urraca se acercó lo más deprisa que pudo.

– Verá usted, señora... Yo había pensado cambiar el marrón por un negro bien brillante, salpicado con unas cuantas plumas blancas en el pecho ¿Qué le parece?

– ¡Sin duda has tenido una idea muy acertada! ¡Vamos allá!

La Madre Naturaleza cogió el pincel más fino que tenía, una paleta con infinitos colores, y pintó el plumaje de la urraca hasta que quedó perfecto.

¡El animal no cabía en sí de gozo! Extendió las alas y, entre aplausos, se paseó estirando el cuello para que pudieran admirarle bien.

Segundos después, un periquito chiquitín y muy espabilado dio unos saltitos y se posó en los pies de la Madre Naturaleza.

– ¡Me toca a mí! ¡Me toca mí!

La Madre Naturaleza se rio con ternura.

– ¡Ja, ja, ja! Tranquilo, pequeño. Te escucho.

El periquito estaba muy excitado y empezó a hablar atropelladamente.

– ¡Yo quisiera ser azul como el cielo! ¡¡Y tener la cabecita y el cuello blancos como las nubes!

– ¡Fantástico! ¡Muy buena elección!

La Madre Naturaleza escogió un tono tirando a añil, y como el periquito era poquita cosa, terminó en un santiamén. El pajarillo se encontró guapísimo y se pavoneó de aquí para allá ante un público rendido a sus pies.

Después del periquito, le tocó al pavo real.

– ¡A mí me resulta muy difícil escoger porque me encantan todos los colores! ¿Qué tal un poco de cada uno?

– ¡No es fácil lo que pides, pero me parece estupendo! Quédate bien quieto que este va a ser un trabajo laborioso y necesito concentración.

El pavo real contuvo la respiración y no pestañeó hasta que la Madre Naturaleza le dijo que había terminado. El resultado fue soberbio, sin duda uno de sus mayores logros en tantos años creando y diseñando animales por todo el planeta. Los presentes se quedaron boquiabiertos y reconocieron que el pavo real se había convertido en el paradigma de la elegancia y el buen gusto.

El canario se dio prisa por ser el siguiente. Pidió un único color, pero le rogó que fuera especial y sobre todo, bien visible desde la distancia. La Madre Naturaleza meditó un momento y después le aconsejó basándose en su dilatada experiencia.

– Yo creo que el ideal para ti es un amarillo intenso ¡Creo que te sentaría bien y te haría parecer más alegre de lo que ya eres!

– ¡Uy, qué ilusión, así todos se acercarán a mí! ¡Con lo que me gusta tener espectadores mientras canto!

La Madre Naturaleza le hizo un guiño y le cubrió con un deslumbrante tono que recordaba los limones maduros. Todos estuvieron de acuerdo en que era un color bellísimo que realzaba el atractivo del canario.

Y así, una tras otra, fueron desfilando ante ella todas las aves del bosque. Cuando terminó, suspiró satisfecha por el buen trabajo realizado.

– Menos mal que ya no queda nadie porque se han agotado los colores de la paleta. He de decir que teníais razón ¡Con todos esos colores estáis mucho más bellos!

Los miles de pájaros aplaudieron y vitorearon a la Madre Naturaleza. Estaban tan agradecidos y tan felices... Ella, con una sonrisa de oreja a oreja, se despidió.

– Espero que a partir de hoy os sintáis mejor con vosotros mismos. Y ahora, si me disculpáis, debo irme. Estoy agotada y creo que me merezco un buen descanso.

Empezó a recoger los utensilios de pintura y cuando ya tenía casi todo guardado, vio un joven y recordete gorrión que se le acercaba con cara de desesperación. El pobre gritaba y hacía aspavientos para llamar su atención.

– Por favor, por favor, no se vaya ¡Espere, señora! ¡Falto yo!

La Madre Naturaleza le miró con tristeza.

– ¡Oh, cuánto lo siento, chiquitín!... Ya no hay nada que pueda hacer... ¡No me queda ningún color!

El gorrión se tiró al suelo y comenzó a llorar desconsolado ¡Había llegado demasiado tarde!

A la Madre Naturaleza se le encogió el corazón. Era duro pensar que había ayudado a todos los pájaros del mundo menos a uno y se sentía fatal ¿Qué podía hacer para solucionarlo?

De pronto, se le iluminaron los ojos. En la paleta de colores, quedaba una gotita amarilla de pintura que le había sobrado de pintar al canario. Se agachó, acarició la cabecita del gorrión y le dijo con su dulce voz:

– Levántate, amigo. Sólo me queda una gota amarilla, pero es para ti ¿Dónde quieres que te la ponga?

El gorrión se incorporó, se frotó los ojillos para enjugar sus lágrimas, y una enorme emoción recorrió su cuerpo.

– ¡Aquí, señora, en el pico!

La Madre Naturaleza acercó un pincel redondo a su carita y dejó caer con suavidad la pizca de pintura en el piquito, tal como era su deseo. El gorrión, batiendo las alas a toda velocidad, se acercó a una charca para mirarse y se volvió loco de contento al ver lo bien que le quedaba. Todo el bosque estalló en aplausos de alegría. La Madre Naturaleza, por fin se despidió.

– Me voy, pero si algún día volvéis a necesitar mi ayuda, contad conmigo ¡Hasta siempre, queridos míos!

Desde ese lejano día, los bosques no volvieron a ser los mismos, pues se llenaron de aves de colores y de muchos gorriones que lucen una motita amarilla en su carita ¡Fíjate bien la próxima vez que veas uno!